

andar oculto para no caer en sus manos, no deseó la muger ajena, no adulteró con la consorte querida de Urias ni le sacrificó á su capricho, porque entonces estaba mas adherido á Dios, cuanto se hallaba mas atribulado; pero luego que se encontró seguro, que venció á sus enemigos, que careció de trabajos, depuso el temor, y substituyó á las alabanzas los pecados, al paso de que cuando se hallaba entre las angustias y el dolor, invocaba repetidamente y con entusiasmo el nombre del Señor: *Tribulacion y dolor hallé, y el nombre del Señor invoqué.* Salomon con todas sus luces, con toda su sabiduría, con toda su penetracion, no pudo resistir á las tentaciones de la prosperidad: una vida llena de delicias y placeres le hizo olvidar de Dios: el amor de las mugeres le pervirtió, la impureza le arrastró á la idolatría: luego es muy difícil permanecer fiel á Dios en la prosperidad. La sabiduría, dice Job, casi no se halla entre los que viven en la abundancia y en las delicias: en éstas no se encuentra mas que el orgullo, el olvido de Dios y el desprecio de los bienes eternos: tercer efecto que produce la prosperidad.

El que quiera gustar de los bienes invisibles, es preciso que abandone los terrestres y sensibles: dos amores encontrados jamas han existido juntos en nuestro corazon: no se puede obedecer juntamente á la ley de la carne y á la del espíritu: la caridad es incompatible con la concupiscencia. Como la prosperidad nos une escisivamente á los bienes temporales, se sigue de aquí que nos separa de los eternos. Al que se halla en la prosperidad, es en vano hablarle de la inestabilidad de los bienes sensibles: esa dicha, esa felicidad que él goza, le embaraza rendirse á la verdad: dígamele que el mundo es un amo injusto, traidor y pérfido, que no acaricia sino para engañar y seducir; él no lo creerá, porque solo experimenta dulzuras y consolaciones: háblesele de la felicidad del justo, de la paz de una buena conciencia, de los bienes que están reservados en la eternidad, todo esto nada le mueve: sus sentidos le arrebatan toda la atencion, y los deleites que disfruta en la tierra, le impiden que suspire por la felicidad del cielo.

Qué ciegos, pues, y qué insensatos somos, cuando estimamos un estado peligroso para la salvacion, reprobado por el mismo Jesucristo y opuesto á sus divinas máximas. Buscamos lo que nos aparta de Dios, lo que nos hace olvidar su ley y lo que nos hace insensibles á la felicidad eterna. Instruidos desde hoy mejor en los peligros de la prosperidad, evitemos el dejarnos seducir de su vano

esplendor: despreciemos los bienes caducos, y no estimemos las cosas sino con respecto á la eternidad. Digamos con David: dichosos aquellos que son fieles á Dios é inviolablemente adheridos á su servicio: Tengamos muy presente en nuestra memoria lo que nos enseña S. Agustin: "Cuando os aconteciere alguna desgracia, decid con Job: *El Señor lo dió, el Señor lo quitó; como le agradó, así lo hizo: sea bendito su nombre.* No decia Job: *El señor lo dió y el diablo lo quitó,* para que entienda vuestra caridad que no debe espresarse de este modo. Reconoced la mano de Dios en el azote que os castiga, porque ni el diablo puede hacerte el menor daño, si no se lo permite el que tiene la suprema potestad en los cielos y en la tierra: lo cual permite para castigo ó para correccion. Para castigo á los impíos, para correccion á los virtuosos. Azota como Padre á todo hijo que recibe. No esperes vivir sin azote, si no es que quieras ser desheredado. Sí, todos tus hijos son mortificados en esta vida. Todos: ¿en dónde procuras esconderte para huir de la tribulacion? Todos, todos, ninguno se ha esceptuado.... Aun aquel hijo predilecto, el único que no tuvo ni pudo tener pecado, no se libró de padecer." Imitemos, católicos, el ejemplo de Job, sobre que nos ha hablado S. Agustin, animándonos á sufrir con resignacion nuestros trabajos con el ejemplo de Jesucristo; y por lo mismo en las mayores tribulaciones y pérdidas que suframos, esclamemos con una santa conformidad en la voluntad divina: *El Señor lo dió, el Señor lo quitó: como le agradó, así lo hizo: sea bendito su nombre.*

## CUARTO DOMINGO

DESPUES DE PASCUA.

Este Domingo no tiene de particular sino lo que es comun á todo el tiempo Pascual, es decir, una renovacion y aumento de gozo espiritual, que es el efecto de la Resurreccion del Salvador, y una continuacion de fervor que debe ser su fruto en el corazon de los fieles. Los griegos llaman á este Domingo, *el Domingo de la mitad de Pentecostés;* esto es, el Domingo de la semana que divide los cincuenta dias que hay desde la Pascua hasta Pentecostés, por ser el miércoles siguiente el dia veinticinco despues del Domingo de Resurreccion.

El Introito de la Misa, tomado del Salmo 97, es una accion de gracias por la libertad del pueblo judaico de la cautividad de Egipto. Bajo esta figura señala el profeta con bastante claridad, la redencion de los hombres por Jesucristo, cuya venida anuncia y predica. Hijos de los hombres, cantad un cántico nuevo á gloria del Señor que hizo tantos prodigios en nuestro favor, y no ceséis de multiplicar vuestras alabanzas á honra suya, no ceséis de bendecirle, de darle gracias y de glorificarlo. El Señor ha hecho patente á los ojos de las naciones su fidelidad en sus promesas, su omnipotencia en sus maravillas, y su misericordia en sus beneficios; sacando á su pueblo de una tan dura esclavitud. Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho nuevos prodigios en vuestro favor, librándoos de la cautividad y servidumbre, por caminos no imaginados, y con una misericordia que ni aun os hubiérais atrevido á esperar. Como la servidumbre de Egipto y la cautividad de Babilonia, no eran sino una figura de la fatal servidumbre del pecado, bajo la cual vivimos; así la libertad y esencion de estas cautividades, eran figura de la dichosa libertad, que Jesucristo nos procuró por su muerte, y por su gloriosa Resurreccion. El sagrado texto nos dice: el Señor ha manifestado al mundo su salvador, la sabiduría eterna, su Hijo único, su Verbo, la fuente de todo bien, de toda justicia, nuestro Redentor; y singularmente lo ha manifestado el dia de su resurreccion, no solo á nosotros sino á todas las naciones. Ha esparcido la luz del Evangelio por todo el mundo. Los pueblos que vivian en las tinieblas, han visto, en fin, esta gran luz, y á los que estaban de asiento en la region de la sombra de la muerte, les ha nacido la luz. El Señor ha empleado el poder de su diestra y toda la fuerza de su brazo para conservarse su pueblo y para salvarnos; el Señor, para sacarnos de la cautividad y salvarnos, no empleó una fuerza ajena, sino que él mismo vino á socorrernos, pues por su muerte y por su triunfante Resurreccion, venció al infierno, destruyó el imperio del demonio y del pecado, y nos libró de la mas dura de todas las esclavitudes. ¡Qué motivo mas justo de alegría, de accion de gracias y de amorosos transportes!

La Epístola de la Misa de este dia se tomó de la Epístola católica del apóstol Santiago, por sobrenombre el Menor. Se le ha dado á su carta el nombre de Católica, porque no fué dirigida á ninguna Iglesia en particular, sino que es comun á todas las que profesaban la fé de Jesucristo; á lo cual alude el nombre de *Católica*,

que propiamente significa universal. El designio principal del apóstol es hacer ver que la fé no puede salvarnos sin las obras, aunque seamos justificados por la misma fé. *Todo favor insigne y todo don perfecto viene de arriba.* Era un error bastante comun entre los judíos, el creer que muchas bellas cualidades, y aun muchas virtudes nacian y eran fruto de nuestro propio terreno. Los fariseos en especial creian poder por sí mismos resistir á la concupiscencia, y practicar la ley, sin necesitar de la oracion ni de la gracia. Error pernicioso, contra el cual previene Santiago á todos los fieles; y como aquellos á quienes principalmente se dirigia su carta, se habian criado en el judaismo, temiendo el santo no estuviesen imbuidos de semejante error, les enseña desde luego, que todo el bien que hay en nosotros viene de Dios, y que no hay verdadera virtud que no sea un don de su misericordia. No os atribuyais el mérito de vuestras buenas obras, ni penseis que con solas vuestras fuerzas podeis resistir á los atractivos de la concupiscencia: necesitais para esto de la ayuda sobrenatural de Dios, y de aquella gracia que á nadie niega el Señor. Es necesaria esta gracia para querer el bien, para obrar el bien, para perseverar en el bien; sin este socorro no hay bien alguno que sea merecedor de la vida eterna. *Pero toda gracia, todo don excelente viene del Padre de las luces.* Llama á Dios padre de las luces, porque es, dice San Agustin, el que alumbrá á todo hombre que viene al mundo, é imprime en nuestras almas las verdades sobrenaturales, nos inspira el amor de estas mismas verdades, y las hace practicar con la ayuda de su gracia.

Despues de haber señalado el Apóstol en los versículos precedentes el origen del mal, pasa á señalar el del bien; y enseña que todos los bienes de naturaleza y de gracia, por mas excelentes que sean, nos vienen de lo alto, y descienden del Padre de las luces. Esta proposicion afirma dos verdades importantes: la una que todo lo que viene de Dios, es bueno y excelente, lo cual destruye la impiedad de Manes que hace á Dios autor del pecado; la otra, que cuantos buenos y piadosos deseos tenemos, cuantos buenos pensamientos, cuantas obras de justicia y de caridad hacemos, todo viene de Dios, como de

su origen, lo que refuta el error de Pelagio, que hacia al hombre autor de todo el bien sobrenatural que hace.

*Todo don perfecto*, continúa el Apóstol, desciende del padre de las luces, el cual no se muda, y en el cual no hay ni la mas ligera sombra de mudanza. ¡Qué cosa tan dulce, como depender en todo de semejante dueño! ¡Qué cosa de tanto consuelo, como el que nuestra fortuna y nuestra suerte dependan de él! No hay criatura sobre que se pueda seguramente contar: todo cede, todo se dobla al menor viento, todo se desmiente, todo se muda sobre la tierra: solo Dios no está sujeto á la vicisitud y mudanza; siempre amará la inocencia, siempre recompensará la virtud, siempre aborrecerá el vicio, y siempre castigará el pecado. El humor, el disgusto, el capricho, son los grandes resortes que hacen obrar á los hombres, y son causa de sus variaciones y mudanzas. Dios está exento de todos estos defectos: siempre es la sabiduría misma, siempre la justicia, la misericordia, la bondad. De su propio motivo y espontáneamente, añade el santo Apóstol, nos engendró por la palabra de la verdad para que en cierto modo tengamos el primer lugar en lo que ha criado. Para obligar á los fieles á encaminarse á Dios, y á poner en Dios toda su confianza, les hace advertir Santiago que Dios Padre no tuvo la menor obligacion de enviar su Hijo único, su Verbo, para que nos reengendrara, y nos enseñara el camino de la salvacion. Siendo el Verbo hecho carne la verdad por esencia, no pudo menos de enseñarnos la verdad en todos los sagrados misterios que nos esplicó, y en la doctrina que nos enseñó, y todo esto lo hizo por un puro efecto de su bondad. Podía Dios dejarnos en las tinieblas de la muerte en que nacimos: no obstante, este Padre de las luces, se ha dignado reengendrarnos por el bautismo, é iluminarnos. ¡Qué confianza, pues, no debe inspirarnos esta pura misericordia! Por otra parte, viniendo de él todos los dones, y no pudiendo venir sino de él, ¿podemos temer que nos los niegue, despues de habérnoslo dado todo, dándonos á su Hijo que es la fuente de todos los dones? ¿Cómo no nos habrá dado todas las cosas con él? Nuestra dependencia asegura nuestra abundancia, y hace nuestra felicidad. Los hebreos á quie-

nes escribia Santiago, habian recibido mas abundantemente que los otros el Espíritu de Dios y sus dones, eran los primeros de la Iglesia cristiana, y ellos los primeros llamados á la fé. De Sion habia salido la salud y de Jerusalem la palabra de Dios. Eran como los primogénitos y los primeros herederos de la familia de Jesucristo. Esta predileccion y todas estas prerogativas debian inspirarles una nueva confianza en el Padre de las misericordias, y al mismo tiempo una fidelidad mas exacta.

Despues de haber enseñado Santiago á los fieles, que todos los bienes y todas las gracias vienen del Señor, se aplica en esta carta á reglar sus costumbres y su conducta, para que por la práctica de las virtudes cristianas, puedan merecer estos dones. *Todo hombre*, les dice, *sea pronto para oír, pero tardo para hablar; y no se deje llevar fácilmente de la ira.* Oír mucho y hablar poco, siempre es cordura, y la modestia y circunspeccion, son inseparables de la verdadera virtud. Esos grandes, esas gentes que dogmatizan tanto, no siempre son los mas poderosos en obras; no todos los que predicán ú oyen la ley son justos delante del Señor; solamente lo son los que la practican. En consecuencia de esta verdad recomienda Santiago á todos los fieles la mansedumbre y la paciencia. La ira es una pasion, y así es contraria á la virtud. Nos lisongeamos algunas veces que no obramos sino por celo, siendo así que no seguimos sino el movimiento de nuestra pasion. Dios no ha escogido nuestros ímpetus para ejercitar sus venganzas; para esto ha establecido jueces y príncipes. Ese celo ardiente, ese celo amargo en unos particulares, que no están puestos para reformar á los otros, no es en rigor otra cosa que una ira disfrazada: cuando no tenga por objeto, sino el reformar al sujeto en que está, entonces podrá pasar por celo; pero desde el momento en que este celo sale de su esfera, y se derrama como un torrente sobre las tierras del vecino con tanto estrago, es pasion. *Por lo cual*, concluye el mismo Apóstol, *renunciando á toda impureza, y á todos los excesos de la iniquidad, recibid con espíritu de mansedumbre la palabra que se ha plantado en vosotros, y que tiene virtud de salvar vuestras almas.* Como si dijera: pues deseais la

verdadera sabiduría, y anhelais por llegar al puerto de la salvacion, apartad de vosotros todo lo que puede seros impedimento para conseguir este fin, todo lo que puede levantar en vuestro corazon nublados y tempestades. Todo lo que mancha el alma, oscurece el espíritu, y causa furiosas tormentas en el corazon. ¿Quereis vivir en calma y gozar de un cielo sereno? vivid en la inocencia, domad esas pasiones tan enemigas de vuestro sosiego, y tan opuestas al espíritu de Jesucristo: ignorad hasta el mismo nombre de la impureza, y vivid en una grande inocencia: desterrad de vuestro corazon la codicia y el demasiado amor á vosotros mismos. ¿Quereis que las verdades que se os han enseñado, que la divina palabra que se os ha predicado, que el espíritu de Jesucristo que ha sido como ingerido sobre el vuestro, produzcan mucho fruto? tened aquella mansedumbre cristiana que en cierto modo caracteriza á las almas puras. El fruto de esta divina palabra es la salvacion.

El Evangelio se tomó de aquel pasage de S. Juan: en viendo el Salvador que se acercaba el dia de su Ascension á los cielos, prepara sus apóstoles para aquella separacion sensible que habia de afligirlos privándolos de su presencia corporal. Les hace ver que es presiso dejarlos; y que el don que les enviará, los indemnizará sobradamente de la satisfaccion demasiado natural que tenian de verlo corporalmente con ellos.

Todo el tiempo que Jesucristo estuvo visiblemente con sus apóstoles, desde su Resurreccion hasta su Ascension, lo empleó en instruirlos en los grandes misterios de la Religion, de los que se habian hecho mas capaces desde que en su primera aparicion les hubo dado el Espíritu Santo. Esta comunicacion é infusion del Espíritu Santo, era necesaria para espiritualizar, por decirlo así, á unos hombres tan materiales, y para hacerlos capaces de las verdades que hasta entonces les habian sido tan incomprensibles.

En el admirable discurso tan instructivo y tan lleno que hizo el Salvador á sus apóstoles despues de la última cena, habiendoles dicho en compendio todo cuanto habia de sucederles de mas triste y espantoso en el maravilloso establecimiento de

su Iglesia, les añadió: No me he franqueado todavía con vosotros sobre esto, porque mientras estaba con vosotros, nada teniais que temer, pero ya no es tiempo de ocultaros nada. Mi hora ha llegado ya, y estoy en visperas de dejaros; por eso os he expuesto sin disfraz y sin figuras todo cuanto teneis que padecer en el mundo; pero no temais, porque yo estaré siempre, aunque invisiblemente, con vosotros: mi presencia corporal la vais á perder: se acerca el tiempo en que debo volver al cielo de donde vine: *me voy á aquel que me envió.* ¿Y ninguno de vosotros me pregunta á donde voy? Esta pequeña reconvenccion que Jesucristo hace á sus apóstoles, es una importante leccion que les da el Salvador á ellos y tambien á nosotros. Porque os he dicho que me voy, estais afligidos, la tristeza se ha apoderado de vuestro corazon, estais consternados; pero solo sentis la pérdida de mi presencia corporal, y no haceis alto sobre la gloria que voy á recibir subiendo al cielo, donde he de estar sentado á la diestra de mi Padre: ni considerais las grandes ventajas que habeis de sacar de mi gloriosa Ascension. Estais muy pegados á los sentidos y no os mueve sino lo que es sensible; por eso ninguno de vosotros piensa en preguntarme por la escelencia y felicidad de aquella dulce mansion de los Bienaventurados; donde Dios hace ostentacion de toda su Magestad; á donde mi sagrada humanidad va á recibir toda la gloria que le es debida; de donde os he de enviar al Espíritu Santo, que debe dar la última mano á mi grande obra, y derramar sobre vosotros todos mis dones. Os digo que me voy á aquel que me envió, que me vuelvo al cielo de donde vine, y en lugar de gozaros conmigo, así por la honra que he de recibir allá, como por las ventajas que os resultarán de mi exaltacion; vosotros os afligis, no hablais palabra, estais pensativos y en un triste silencio. El solo pensamiento de mi partida, de tal suerte os ha llenado el corazon de tristeza, que os tiene suspensos á todos. ¿Qué es esto, discípulos míos? ¿Una cosa tan ventajosa para vosotros, la mirais con ojos tan tristes? Os digo la verdad: os conviene mucho que yo me vaya, y os prive de esta presencia corporal, la cual hace que el amor que me teneis, sea menos espiritual y menos perfecto. Por otra parte,

si yo no me voy, no vendrá el Espíritu Santo, que es aquel consolador y maestro que os he prometido, y si me voy luego os lo enviaré. No ignorais cuanto importa que venga, pues él es quien convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. Convencerá al mundo de pecado por la predicacion de los apóstoles, y por los milagros que obrarán; es decir, que hará conocer en que corrupcion de costumbres, y en que lamentable error han vivido los hombres hasta aquí, ignorando al verdadero Dios, y entregándose á los mas horrendos desórdenes, y á una corrupcion universal de costumbres. Hará conocer cuan culpables son los hombres y en particular los judíos, por no haber querido creer en Jesucristo despues de tantos prodigios. Aquel espíritu orgulloso y aquellos corazones indóciles, que habrán resistido tanto tiempo á las luces de la fé, conociendo en fin la virtud del Espíritu de Dios, por los prodigios estupendos que obrará, y por la admirable santidad que comunicará á los fieles, confesarán para su confusion que han errado en no haber querido creerle. Este mismo Espíritu Santo, los convencerá también de la justicia é inocencia del Hijo de Dios, haciéndoles ver que aquel á quien condenaron tan injustamente á muerte, resucitó y subió á los cielos para reinar eternamente con su Padre. Finalmente convencerá al mundo y á todos sus secuaces de la equidad del juicio, pronunciado contra el demonio que se habia arrogado el imperio del mundo en donde reinaba con tanta tiranía, y se habia hecho erigir tantos altares; conocerán cuan justo ha sido que el reino de este tirano haya sido destruido, abolidas sus perniciosas é injustas leyes, condenadas sus falsas máximas, y su poder extinguido, no solo por la destruccion de la idolatría, sino tambien por el establecimiento de una Religion santa, que será la obra mas perfecta que salió jamas de la mano de Espíritu Santo, siendo al mismo tiempo este el fruto de la predicacion del Evangelio. Estos son los tres principales efectos de la venida del Espíritu Santo, que yo os enviaré. Convencerá al mundo del pecado de los judíos, y del de todos aquellos que no han querido creer en mí, despues de tantas pruebas claras é incontestables de mi divinidad; convencerá al mundo de la injusticia, haciendo ver

á los judíos y á los paganos, que no habia justicia, ni verdadera virtud fuera de la Religion cristiana; convencerá finalmente al mundo del juicio, destruyendo el imperio que tenia el demonio en el mundo sobre el espíritu y el corazon de todos los pueblos, por las falsas y perniciosas máximas que habian tenido fuerza de ley hasta la venida de Jesucristo.

Despues de una instruccion tan importante y que por decirlo así, parece ser el compendio de nuestra religion, añadió Jesucristo que todavía tenia muchas cosas que decirles, pero que no estaban capaces de comprenderlas; que no queria cargar su espíritu de lo que todavía no podia llevar; que les reservaba el conocimiento de ello hasta la venida de aquel Espíritu de verdad el cual les enseñaria todas las verdades necesarias para su salvacion y para la de los otros. El Salvador habia dicho á sus apóstoles, que les habia descubierto todo cuanto su Padre le habia dicho; es decir, todo lo que eran capaces de comprender antes que hubieran recibido la plenitud del Espíritu Santo y aquella inteligencia sobrenatural que era uno de sus principales dones: pero habia aun bastantes cosas misteriosas, cuyo verdadero sentido no estaban todavía capaces de comprender. Estos grandes misterios; estas verdades sobre la capacidad del entendimiento humano eran la union sustancial de la divinidad con la humanidad en la adorable persona de Jesucristo, la espiritualidad de su reino eterno y temporal, su estado de humillacion y de gloria, de poder y de flaqueza, de víctima por los pecados del mundo, y de hombre sin pecado. Era menester que viniese el Espíritu Santo á darles este don de inteligencia, á disipar todas estas oscuridades, á conciliar todas estas aparentes contrariedades, y esto es lo que hizo el Espíritu Santo, esta era la obra para que fué enviado.

Cuando viniere aquel Espíritu de verdad, continúa el Salvador, os enseñará todas estas verdades, y os dará una clara inteligencia de todos estos misterios. No hablará de su cabeza así como el Hijo nada dice de suyo, sino que su Padre lo dice con él; á este modo el Espíritu Santo nada dice de suyo, porque procediendo del Hijo, no menos que del Padre, y recibiendo de entre ambos la misma naturaleza, y la misma cien-